

Carl Lumholtz. Primeras grabaciones etnográficas en México

Benjamín Muratalla*

Cuando este viajero noruego llegó a tierras mexicanas, hacía relativamente pocos años que se había popularizado la noticia sobre el invento de máquinas capaces de grabar y reproducir voces y música. Desde mediados del siglo XIX hasta ya entrado el XX, *fonaautógrafos*, *tinfoils*, *paleófonos*, *fonógrafos*, *fonómetros*, *kinetófonos*, *zonófonos*, *gramófonos*, *dictáfonos*, *gráfófonos* y *victrolas* inundaban las crónicas de los diarios y revistas, tanto familiares como especializadas, presentándose no sólo como prototipo de inventos curiosos y hasta increíbles, sino como meros agentes de la cruda competencia industrial y mercantil de la época que estimuló una inventiva desbordada, quizá sin paralelo en la historia.

Grabar el sonido era como un acto de magia; la gente se preguntaba ¿cómo se había alcanzado tal logro! Grabar el sonido, esa sustancia tan etérea y huidiza, era como capturar un ente fantasmal, como robarle el aura a alguien; de hecho, aún hoy día, la grabación de audio y la fotografía suscitan similar impacto entre algunas poblaciones. Sea como fuere, este invento tecnológico se convirtió desde entonces en herramienta sustantiva, y en muchos casos imprescindible, para la búsqueda de información. Fue así que como instrumento de vanguardia, una

* Subdirector de la Fonoteca del INAH.